

ESCENA SEGUNDA

¿A QUIÉN LE CUENTAS TUS SECRETOS?

LA NARRADORA: La niña, convertida en la mujer está sentada en la cama junto al hombre 1. Sólo hay una pequeña luz.

EL HOMBRE 1: ¿Por qué no subimos la persiana?

LA MUJER: Estoy a gusto así.

EL HOMBRE 1: Es de día, así entra algo de sol.

LA MUJER: No. Así estoy bien.

EL HOMBRE 1: Vale. (*Silencio*) ¿Te puedo abrazar?

LA MUJER: Vale. (*Silencio*) ¿Sabes? De pequeña tenía un limonero. Es curioso, porque le contaba todos mis secretos. ¿Tú a quién le cuentas los tuyos?

EL HOMBRE 1: No tengo.

LA MUJER: Todos tenemos.

EL HOMBRE 1: Pues yo no.

LA MUJER: Había veces, cuando se acumulaban muchos limones, que los cogía y les susurraba un secreto a cada uno. Después, corría para hacer limonada y la vendía a dos euros en la esquina de la manzana. Y si me quedaba

sin zumo o sin secretos sólo tenía que correr y hacer alguna trastada innombrable y volver a exprimir.

EL HOMBRE 1: Es un poco sádico, ¿no?

LA MUJER: ¿Por qué?

EL HOMBRE 1: No sé. Hacerle beber tus secretos a la gente...

LA MUJER: ¿Crees que se los bebían de verdad? (*Ríe*)

EL HOMBRE 1: Bueno, no sé.

LA MUJER: ¿Tú jugabas a algo o te pasa como con los secretos?

EL HOMBRE 1: Atropellaba a barbies con su propio coche.

LA MUJER: Después yo soy la sádica.

EL HOMBRE 1: Pero cuando tenía que ir al médico, recordaba que las había hecho daño y las llevaba para que las curase un médico de verdad. Las sentaba en fila en la camilla y el médico, que ya me conocía, las hacía un reconocimiento mientras yo las miraba y acariciaba el pelo, preocupado, sin saber si sobrevivirían o no.

LA MUJER: ¡Qué tierno!

EL HOMBRE 1: ¿A qué sí? (*Ríen. Silencio*) ¿Qué le pasó a tu limonero?

LA MUJER: Se murió.

EL HOMBRE 1: ¿De qué?

LA MUJER: No lo sé.

EL HOMBRE 1: Tal vez de tristeza.

LA MUJER: ¿Tristeza de quién?

EL HOMBRE 1: Hay una enfermedad que se llama “Tristeza de los cítricos”.

LA MUJER: ¿Y eso cómo lo sabes?

EL HOMBRE 1: Me gusta recorrer páginas de Wikipedia.

LA MUJER: ¿Qué les pasa a los cítricos?

EL HOMBRE 1: Es un virus que se propaga principalmente por pulgón.

LA MUJER: Él no tenía pulgón.

EL HOMBRE 1: El nombre, creo recordar, hace referencia a las pérdidas de cultivo que generó esta epidemia en los campos de Latinoamérica y en otras partes del mundo, no es la tristeza de los árboles, sino de las personas que perdieron todos esos cítricos.

LA MUJER: ¿Crees que la tristeza es un virus? (*Silencio*)

EL HOMBRE 1: Supongo que a veces puede serlo.

LA MUJER: Echo de menos a mi limonero, ahora mismo saldría por la ventana y le contaría lo que acaba de pasar entre tú y yo.

EL HOMBRE 1: ¿Qué es lo que ha pasado entre tú y yo?
¿Que nos hayamos acostado?

LA MUJER: No. Tú has sido la primera persona con la que me he acostado. (*Silencio*)

EL HOMBRE 1: Vaya.

LA MUJER: ¿Qué?

EL HOMBRE 1: Que no nos conocemos.

LA MUJER: ¿Y qué?

EL HOMBRE 1: Pues... No sé. Que no lo sabía.

LA MUJER: Claro. No lo sabías porque yo no te lo había dicho.

EL HOMBRE 1: Habría sido diferente.

LA MUJER: No habrías querido acostarte conmigo.

EL HOMBRE 1: O sí.

LA MUJER: ¿Habrías follado con alguien tan mayor que nunca ha tenido relaciones?

EL HOMBRE 1: Mira, esto no me gusta.

LA MUJER: A mí sí me ha gustado.

EL HOMBRE 1: Habría sido menos...

LA MUJER: ¿Menos qué?

EL HOMBRE 1: Menos brusco.

LA MUJER: ¿A qué te refieres?

EL HOMBRE 1: No sé... No me habría..., no me habría corrido en tu cara. No te habría tirado del pelo... No te habría pegado.

LA MUJER: Me gusta cómo ha sido.

EL HOMBRE 1: Oye, creo que me voy a marchar.

LA MUJER: ¿Por qué?

EL HOMBRE 1: Porque esto es raro, tía.

LA MUJER: ¿Que hayas sido la primera persona con la que me he acostado?

EL HOMBRE 1: No. Que no me lo hayas dicho. Que me hayas invitado a tu casa sin conocerme. Que me digas que le contabas secretos a un limonero. Que te hayan gustado todas esas barbaridades. *(Silencio. Comienza a irse)*

LA MUJER: ¿Cómo debería de haber sido entonces?

EL HOMBRE 1: Con otra persona. Alguien especial.

LA MUJER: Eso es un cliché.

EL HOMBRE 1: Yo creo que no.

LA MUJER: Por favor, quédate.

EL HOMBRE 1: No puedo.

LA MUJER: Por favor.

EL HOMBRE 1: No.

LA MUJER: No quiero estar sola.

EL HOMBRE 1: Adiós.

LA NARRADORA: El hombre 1 se marcha y la mujer se queda sentada en la cama. Finalmente se levanta y sube la persiana. En el centro del jardín el limonero, grande, verde, lleno de limones, comienza a moverse con fragilidad ante la mirada fija de la mujer.

PAISAJE PRIMERO

EL DESIERTO ESTÁ HECHO DE POLVO DE SEMILLAS

*Un limón sube y baja rodando por las dunas del desierto,
su ritmo denota cierta voluntad
y su figura conviviendo con la arena y el sol hacen del paisa-
je algo extraordinario.*

*A lo lejos se intuye cierta feminidad;
dos ojos y una boca salivante que observan.*

*El limón acelera y se esconde en la arena,
atravesándola verticalmente.
Las dunas, por la presión de este nuevo cuerpo, se hinchan y
deshinchan y acunan la fruta.*

*Los latidos del desierto despiertan esperanza en los ojos, y
con una última mirada se dan la vuelta y se alejan.*

*El tiempo sigue sucediendo aunque no haya nada que actúe
y en el interior del desierto el limón se descompone,
quedando sólo las semillas.*

*La boca de aquella feminidad, en cambio, no se seca y alum-
bra un nuevo limón que cae en otro rincón del desierto, y
corre y se esconde y se mece y se muere para dejar paso a
una simiente más, imán de un agua que no llega.*

*Ojos y boca siempre deseantes no saben que el desierto está
hecho de polvo de semillas.*